



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGÍAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TÍTULO: **Los militares y la sociología militar en América Latina: Una entrevista con José Luis Piñeyro [*]**

AUTOR: *Raúl Benítez Manaut [**]*

SECCION: Entrevistas

TEXTO

1. Raúl Benítez Manaut (RBM): La presencia militar ha sido objeto de muy diversas evaluaciones, tanto históricas como coyunturales. Estas van desde la típica asociación de los uniformados con los intereses económico-políticos más oscurantistas pasando por aquella que los liga a los estrechos intereses de caudillos y generales y de los propios de la corporación armada, hasta la visión que identifica al instituto armado como agente modernizador por excelencia de nuestras subdesarrolladas sociedades latinoamericanas. Dentro de estas grandes explicaciones hay sub-enfoques sobre el por qué del intervencionismo de los hombres de uniforme. Lo cierto es que las causas básicas del golpismo varían de acuerdo con el tiempo histórico y el espacio social específico, las necesidades humanas y las circunstancias políticas, pero también según la propia concepción teórica que se postule sobre las fuerzas armadas (FA). Es decir, si éstas son conceptualizadas como un privilegiado estamento, una equilibradora élite, una dirigente clase social, un aparato burocrático estatal una cerrada y monolítica corporación, un simple apéndice del imperialismo norteamericano o guardia pretoriana, etc. Asimismo, dichas causas se dice que no hay que confundirlas al analizar el golpe palaciego de camarilla, el restaurador provisional y el orgánico de largo plazo con la participación política normal y cotidiana, sea directa o indirecta, dentro del gobierno y el conjunto del Estado.

¿Qué podrías plantearnos sobre esta amplia problemática? Además quisiera preguntarte si consideras que es posible hablar de una sociología militar latinoamericana, entendida como un cuerpo teórico riguroso con un enfoque sistemático y reflexiones propias sobre el llamado problema militar.

José Luis Piñeyro (JLP): La interrogante es bastante amplia y compleja. Voy a tratar de efectuar algunas aproximaciones y responder de modo simultáneo y combinado aquello de los uniformados en el plano histórico y circunstancial, y de lo válido o no de hablar de una sociología militar latinoamericana.

Pensar en un cuerpo teórico que pueda ser catalogado como sociología militar, requiere de una toma de distancia frente a un estado de ánimo y moda intelectual que reivindicó, en América Latina, la superespecialización de la sociología como una forma de mayor objetividad del análisis al realizar estudios micro-micro (por ejemplo: de la sociología urbana a la sociología de la comunidad, de ésta a la de la colonia y de allí a la del barrio, etc.), por un lado, y por el otro, tal actitud reivindicaba la recuperación empírica masiva como un paso adelante hacia la cientificidad que, se decía, no aportaban los grandes

enfoques teóricos dominantes como el estructural-funcionalismo o el materialismo histórico.

Así, la pareja de la superespecialización sociológica y del empirismo obsesivo (el cual en el mejor de los casos no redundaba en un análisis serio, sino en una detallada descripción de hechos y presentación de datos) era una forma de rechazo de dos cuestiones clave: el uso de un cuerpo teórico y metodológico específico y el recurso a la noción de totalidad social como un punto de referencia en donde el mini-estudio, verbigracia, del barrio, está inserto en una realidad social más amplia, la ciudad capital de México.

Por otra parte, considero que la validez científica de los estudios de caso, así como sus aportes empíricos y a veces conceptuales, son indudables, siempre y cuando -como se decía en la vieja jerga sociológica- "al ver y estudiar el árbol no se pierda de vista el bosque". Por lo antes planteado, desde nuestra óptica hablar de sociología castrense significa ubicar las FA dentro de un contexto sociopolítico en el cual cumplen diversas funciones básicas para la conservación del orden interno, así como funciones externas de defensa de la soberanía nacional, sea en el plano clásico, el territorial, o en el plano económico político e incluso ideológico frente a los embates de otros Estados-nación. No entraré a la polémica directa y a la crítica particular sobre cada una de las conceptualizaciones que mencionaste sobre las FA; la respuesta indirecta sobre sus insuficiencias analíticas se puede apreciar con el intento de definición que esbozaremos.

Concibo la institución militar nacional como defensora de los intereses económico-político diferenciados y contradictorios de los sectores y clases dominantes que se recrean en el interior del Estado además, de los de las clases subordinadas y, por supuesto, de los propios intereses corporativos de la institución. No considero la institución armada como apolítica, al margen de los intereses y las contradicciones sociales fundamentales. Para decirlo con palabras de Gramsci, un pensador hasta hace poco de moda intelectual en nuestro continente: "el ejército no puede ser apolítico pues tiene que defender la Constitución". Obvio resulta que no comparto el viejo planteamiento del supuesto apoliticismo de las FA al desempeñar sus funciones dentro de la arena social.

En otras palabras, las FA son una institución básica del Estado, conforman parte de la burocracia estatal así como constituyen un aparato burocrático-corporativo. Dichas fuerzas defienden los intereses económico-político dominantes así como la forma de propiedad dominante, salvaguardan las instituciones estatales y la estructura jurídica vigente. Si bien las FA tienen intereses corporativos propios, éstos no se encuentran por arriba de los intereses rectores. El alto mando pertenece a la burguesía burocrática (vía salarios, prestaciones, etc.) y puede tener lazos orgánicos con las diversas fracciones de la clase económica dominante. Esto último depende de si ocupan o no puestos de dirección en empresas estatales y paraestatales, o bien de la existencia de una industria militar importante como en Argentina, Brasil y Chile, o bien si se permiten negocios privados o negocios ilícitos como el narcotráfico y el contrabando a sectores del alto mando en servicio activo, como sucede en Guatemala.

Para decirlo de una manera más concreta, los militares conforman un aparato burocrático con mando centralizado, estricta jerarquía y reglamentación, relativa autonomía logística y aislamiento de la sociedad civil, y constituyen un cuerpo armado, entrenado y organizado para el ejercicio de la violencia, o al menos para la amenaza de usarla. Por lo general, tal violencia se ejerce frente a situaciones políticas que atentan contra el statu quo o bien situaciones de cambio social que requieren de una rearticulación del tejido económico e ideológico.

Existe una multiplicidad de situaciones intermedias sobre el intervencionismo militar, desde los intrascendentes golpes palaciegos, pasando por golpes frustrados por un error de cálculo político, hasta las intervenciones castrense orgánicas de largo plazo.

Queda claro que no comparto la falsa crítica que atribuía al materialismo histórico una visión instrumentalista del Estado y en particular de las FA. Se suponía que era demasiado restringido considerar la milicia nacional "como el instrumento al servicio de la burguesía". La polémica de si era o no instrumento era artificial, pues una fracción de la milicia es parte estructural de la clase económica dominante y en su conjunto es parte de la clase dirigente estatal. Lo básico, además, es que las funciones internas de la milicia de mantenimiento o transformación del orden interno obedece a una constelación de correlaciones de fuerzas e intereses sociales específicos.

Tampoco comparto la perspectiva analítica de la autonomía corporativa y supraclásista de las fuerzas militares dada la relativa autonomía, aislamiento e ideología propia, como referencia central para entender la actuación de dichas fuerzas. El aislamiento social es necesario y funcional para las necesidades de la estructura de dominación política. La autonomía logística es relativa, pues depende del apoyo de los sectores sociales y económicos respectivos, y la ideología militar, si bien privilegia valores, normas y actitudes diversas a la ideología civil, comparte los llamados valores nacionales.

En resumen, aquí propongo recuperar un consejo metodológico de Manfred Kossok para iniciar, repito, para iniciar un análisis concreto con respecto al cambio de la función sociopolítica de los uniformados. Kossok, agudo y profundo historiador sobre América Latina y para mi gusto uno de los más certeros analistas sobre el fenómeno del militarismo, nos decía, más o menos, que existe una ley básica sobre la capacidad y el radio de acción de las FA, la cual consiste en que su independencia relativa y su capacidad como factor político se ven incrementadas en proporción de la inmadurez e inestabilidad de las relaciones de clase y de la situación social en general.

2. RBM: ¿Cuáles fueron las escuelas de interpretación dominantes en los años sesenta y setenta con respecto al fenómeno del militarismo latinoamericano, así como cuáles consideras que fueron sus aportes y limitaciones y el contexto histórico y político donde surgieron dichas escuelas?

JLP: En primer lugar, resulta imprescindible ubicar a América Latina dentro del contexto de un mundo bipolar en lucha en todos sus aspectos. Un polo era liderado por la Unión Soviética y otro por los Estados Unidos, y dentro de este mundo los Estados Unidos ubicaban a nuestro continente como parte del hemisferio occidental. Durante estas dos décadas sucedieron en nuestro subcontinente dos hechos fundamentales: uno, el triunfo de la Revolución socialista en Cuba en 1959, y el otro la proliferación de movimientos guerrilleros y de movimientos no armados. Este panorama llevó al imperialismo norteamericano a una reconsideración estratégica sobre cómo debían cambiar las funciones básicas de las FA latinoamericanas dentro de dos tácticas centrales y complementarias, la contraguerrilla y el desarrollo económico y social. De aquí se adjudicó a las fuerzas castrenses diversos roles secundarios y se pretendió indagar aspectos muy particulares para entender el posible cambio de actitudes políticas de los uniformados, así como sus posibilidades como agentes de cambio social.

Desde otro ángulo, conviene subrayar que los primeros pasos para hacer un balance de los avances de la sociología militar durante esas dos décadas ha recaído principalmente en estudiosos norteamericanos, quienes enfatizaron las insuficiencias de la difundida historia negra y perversa del militarismo latinoamericano y la necesidad de abordar el problema de una forma más seria y sistemática que superase el carácter descriptivo y

anecdótico de los estudios sobre el fenómeno militar. Entre ellos destacan Mac Alister y Lowenthal, así como latinoamericanos como Virgilio Beltrán y latinoamericanistas como Manfred Kossok, Alain Joxe y Alan Rouquié, entre otros.

Pasando a otra parte de tu pregunta, cabe señalar que diversos autores reconocen cuatro temas de análisis principales interrelacionados que han sido abordados con mayor profundidad durante las décadas de los años sesenta y setenta. El primero de los temas se centró en el estudio de las características de la institución militar y de sus formas de reclutamiento y organización. El segundo tema se orientó a evaluar el proceso de profesionalización militar y su vínculo con el fortalecimiento paulatino del Estado nacional. El tercero abordó las características de las relaciones cívico-militares y la elaboración de diversos modelos de control civil sobre los hombres de uniforme. Por último, se estudió las relaciones de los institutos armados con las potencias imperialistas a través de los diversos programas de asistencia y entrenamiento castrense, así como las consideraciones geopolíticas que animaban tales programas.

De estos grandes temas se desprendían análisis más pormenorizados. Por ejemplo, se trató de determinar el grado de influencia de la asistencia militar norteamericana en el recurrente golpismo de la región, o bien destacar el papel del ejército como agente modernizador a mediados del siglo, al estilo de John Johnson.

Lo cierto es que la preocupación de la mayoría de los estudiosos norteamericanos estaba referida a su papel de aliados de los Estados Unidos en el contexto de la guerra fría. De allí que el tema central estuviese centrado sobre el preciso tipo de nexos cívico-militares que garantizara estabilidad política al desarrollo económico capitalista, dentro de un cuadro de sometimiento formal y real de los uniformados al poder civil del gobierno respectivo y del Estado como la institución permanente y fundamental.

Si queremos englobar los distintos temas de estudio antes mencionados, los cuales fueron abordados por la sociología militar, podemos decir que ellos correspondieron a dos grandes escuelas de interpretación. La primera, llamada tradicional, normativista o idealista; la segunda catalogada como moderna, revisionista o realista.

A grandes rasgos, el primer enfoque interpretativo adoptaba una posición antimilitarista porque consideraba que los uniformados históricamente habían atentado contra la conformación de sistemas políticos democráticos y afirmaba que el militarismo latinoamericano obedecía en gran parte a la asistencia castrense de los Estados Unidos. Postulaba a nivel normativo la necesidad de que las FA fueran apolíticas, para lo cual resultaba impostergable ampliar su proceso de profesionalización. Aunado a este proceso, consideraba que los cambios de origen social en el reclutamiento de los oficiales, así como la proliferación y el fortalecimiento de partidos políticos y sindicatos, contribuirían al retorno de los hombres de uniforme a los cuarteles y a la consolidación de regímenes políticos democráticos. La escuela normativista proponía la desaparición de las FA y su remplazo por cuerpos de policías, pues las consideraba innecesarias para la defensa externa y un peligro latente para la vida política normal.

Por el contrario, la perspectiva analítica moderna o realista argumentaba que la anterior escuela partía de un modelo de relaciones cívico-militares y de experiencias políticas propias de sistemas anglosajones. Por lo tanto, consideraba necesario reconocer el relativismo cultural entre los sistemas políticos latinoamericanos y europeos e igualmente la no neutralidad política de los ejércitos como requisito para la vigencia de sistemas políticos democráticos. Los investigadores de esta corriente partían de un hecho real, el reconocimiento de la violencia como una constante histórica y como ingrediente de la cultura política latinoamericana. Agregaban que representaba un enorme simplismo el

atribuir a la ayuda militar norteamericana la responsabilidad del militarismo, y que era bastante improbable la desaparición de las FA pues simbolizaban valores nacionales y eran indispensables para el mantenimiento del orden interno.

En lo referente a los aportes que hizo la sociología militar de los sesenta y los setenta, podemos señalar el aumento del conocimiento de los diferentes niveles de la profesionalización militar-como el técnico-organizativo y el ideológico-político-, la ubicación de los cambios de extracción social de los cuerpos de oficiales y el inicio del debate sobre el carácter de los ejércitos como agente económico retrógrado o modernizador, la influencia de la ayuda castrense imperialista y los diversos tipos de funciones políticas de los uniformados. Predominaron los estudios de casos nacionales como los de países del cono sur y Perú, y si entre los analistas la mayoría eran historiadores empezaron a participar más politólogos, lo que significó algunos avances conceptuales.

Sobre las limitaciones de las investigaciones en aquellas décadas, podemos decir que, a pesar del aumento de estudios de caso nacionales, faltaron estudios comparativos sistemáticos sobre el papel político de las FA. En la explicación del por qué del intervencionismo militar no se jerarquizó la importancia de los factores internos (grado de profesionalización militar, origen del cuerpo de oficiales y volumen de la asistencia militar externa) sobre los externos (nivel de desarrollo económico-social, grado de polarización social y tipo de cultura política).

Recuerdo que en el libro colectivo *Armies and politics in Latin America*, que coordinaron Lowenthal y Fitch, expertos en el tema proponían, muy al estilo funcionalista, estudiar la relación entre el grado de institucionalización militar y la institucionalización de los procedimientos políticos civiles para entender los cambios en las funciones políticas sociales de los oficiales.

Fitch reconocía la existencia de dos consensos entre los analistas de la participación militar directa. El primero, las llamadas precondiciones para el golpe -como podían ser los desórdenes públicos, las amenazas a los intereses de la institución militar, una opinión pública contraria al gobierno, las violaciones a la Constitución por los civiles la incompetencia del gobierno para manejar la crisis económica o una amenaza comunista importante-, situaciones todas posibles activadoras de la sensación de crisis en los ejércitos. El otro consenso era sobre lo fundamental de las condiciones estructurales como activadoras del golpe militar, pues tales condiciones reducían las posibilidades u opciones del liderazgo civil y condenaban al fracaso a la mayoría de sus políticas económicas.

Para terminar con esta segunda pregunta podemos agregar que en esas décadas, si bien se avanzó en la conceptualización de los distintos regímenes burocrático-autoritarios y de los diversos tipos de Estado (de seguridad nacional, contrainsurgente, fascista, dependiente, etc.), resultaba necesario que participaran un mayor número de investigadores de América Latina y dirigir las investigaciones a la elaboración de problemas teóricos.

3. RBM: La década de los ochenta, caracterizada por el retorno a los regímenes políticos civiles y un consecuente retiro de los militares de su dirección, dio lugar a diversas teorizaciones sobre el futuro papel político de los uniformados, tanto en los sistemas políticos en transición como en la consolidación de los Estados-nación dentro de un mundo económicamente globalizado, así como regionalizado en grandes áreas económicas. ¿Qué podrías comentar sobre el tema?

JLP: Ciertamente, la transición política de regímenes militares a civiles tiene que ver con el futuro rol de las FA en el ámbito nacional y en el entorno geoeconómico y geopolítico donde desempeñarán sus funciones clave de seguridad interna y de defensa externa. Aquí cabe señalar que la desaparición física del enemigo extracontinental, la URSS y Europa oriental, lleva a reconsideraciones de carácter estratégico en lo referente a la defensa continental y la seguridad interna.

A principios de los años noventa, ya sin el adversario soviético como supuesta amenaza a la seguridad del hemisferio occidental, el Departamento de Estado norteamericano consideró innecesaria la existencia de las FA de Latinoamérica, las cuales, proponía, debían de ser sustituidas por corporaciones policíacas nacionales para enfrentar las amenazas internas del narcotráfico, el terrorismo y la delincuencia común, mientras que el presupuesto militar podía dedicarse a apoyar los programas de desarrollo económico-social.

El intento de carambola norteamericano era triple: primero, se eliminaría un permanente y potencial foco de inestabilidad política, los militares; segundo, se frenaría la extendida militarización de países como El Salvador y Nicaragua; y tercero, se dismantlaría el costoso armamentismo representado por las industrias militares de naciones como Argentina, Brasil y Chile, y así, se suponía, se consolidaría el nuevo orden mundial de la posguerra fría.

En principio, nadie sensible estaría en contra de la propuesta mencionada, nadie de cara al actual panorama de creciente pobreza extrema. Pero la intención, bajo el manto de una abstracta racionalidad económica y política, era cerrar más el cerco geopolítico sobre América Latina. En primer lugar, la defensa de la soberanía territorial continental pasaría a cargo de los Estados Unidos, eliminando simultáneamente la posibilidad de reacción frente a una intervención militar norteamericana en un país o región reacia a la nueva estrategia. Cualquier defensa territorial creíble y realista pasa por la unión FA-fuerzas populares; sin las segundas, la empresa defensiva sería muy difícil y costosa socialmente hablando. En segundo lugar, se sacaría de la competencia del mercado de armas convencionales a los países latinoamericanos. En tercer lugar -lo obvio-, se ampliaría la dependencia de nuestro continente respecto del suministro de armas de la Unión Americana y quedaría como un mercado casi exclusivo para ella.

A primera vista lo expuesto pareciera ser demasiado exagerado y receloso. Sin embargo, hablar de desmilitarización, desarme y democratización sin tocar un milímetro dos problemas continentales como el pago de la deuda pública externa y la política económica y social auspiciada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, nos parece sospechoso y tramposo, para decirlo de manera suave.

En México, existen voceros gubernamentales y privados que hacen suya esta visión idealizada de los vínculos entre naciones soberanas e iguales para el caso de los Estados Unidos-América Latina. Por ejemplo, en la revista Comercio Exterior de octubre del presente año en un pequeño ensayo titulado "De la geopolítica a la geoeconomía", un asesor de la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación considera que la geopolítica se basó en la fuerza y la diplomacia del garrote y que la geoeconomía se basa en la razón y la negociación entre iguales. Basta leer cualquier artículo semanal de John Saxe-Fernández en Excelsior para apreciar que la conducta norteamericana con nuestro país y Latinoamérica no se ha basado en la razón y la concertación, sino en todo lo contrario, o, para ponerlo de otra forma, son más las continuidades históricas del comportamiento externo estadounidense que las rupturas; de allí que algunos internacionalistas hablen del "neomonroísmo" como estrategia vigente y actuante.

Por otra parte, la reflexión de la sociología militar sobre las funciones castrenses externas e internas durante la transición política de los años ochenta podemos dividirla en dos grandes escuelas de análisis dominantes. La primera la catalogamos como idealista por sus planteamientos genéricos y abstractos respecto de ambas funciones, y la segunda como realista debido a que reconoce el poder real y potencial de las FA en el desempeño de tales funciones, especialmente las de carácter interno. Ambos enfoques coinciden en la necesidad de redefinir las relaciones cívico-militares de cara a las transiciones políticas para garantizar márgenes amplios de gobernabilidad. Convergen también en no proponer ningún cambio significativo y concreto al proyecto económico-político neoliberal, y mucho menos medidas que alteren los nexos de las milicias con las fuerzas populares nacionales para las tareas de defensa externa y de seguridad interior.

La que llamo escuela idealista, hasta donde conozco, la conforman básicamente latinoamericanos, lo cual es una gran paradoja y puede obedecer a ingenuidad personal, a ignorancia histórica o a una clara posición política. Quiero decir que los postulados de esta escuela parecen desconocer la historia real de las relaciones de nuestro subcontinente con Norteamérica y la actual estrategia de ésta; la historia real de los procesos sociales y en particular de las relaciones cívico-militares, donde el gradualismo del cambio social, el pluralismo político y la concertación han sido las excepciones dadas las enormes desigualdades y contradicciones acumuladas. Cuando el Banco Mundial plantea que la deuda social acumulada o pobreza extrema y el pago de la deuda pública externa atentan contra el mantenimiento de la democracia en Latinoamérica, nos dice, en otras palabras, que no se pueden generar consensos mínimos, ni menos hegemonías estables, en medio de un creciente mar de miserables con carencias materiales y culturales gigantescas.

En fin, dejemos aquí las cosas; sólo quiero aclarar que cuando decía que la situación la consideraba paradójica me refería a que tienen mayor visión y olfato de poder los funcionarios del Banco Mundial y los investigadores realistas, los cuales por lo general son académicos norteamericanos.

Después del anterior paréntesis, intentaré sintetizar las propuestas de los idealistas de la década de los ochenta sobre los roles externos e internos de las FA. Los normativistas parten de la premisa de que el entorno mundial no debe ser visto con ojos tradicionales, de guerra fría, cuando se privilegiaba la represión interna, la defensa territorial, la confrontación socialismo-capitalismo y el alineamiento político automático. Se requiere, dicen, cambiar de percepción, aislar al continente de tal confrontación y no participar protagónicamente en cuestiones estratégicas, sino que se deben generar espacios de cooperación regional basada en la defensa militar que controle los gastos militares excesivos y evite la reproducción del llamado ciclo nacional de pobreza. Los roles castrenses internos deben mutar, dejar de desempeñar en definitiva servicios policíacos, y a cambio se debe fortalecer la profesionalización militar con énfasis en los aspectos tecnológicos y la renovación moral así como establecer un sistema de sanciones y recompensas al desempeño profesional.

Todo lo antes planteado requiere redimensionar los nexos cívico-militares para que descansen en una imprescindible concertación con la sociedad civil que incorpore, por un lado, a las fracciones de élite antes aliadas al gobierno militar, aisle a las fuerzas antisistema que legitiman funciones militares de orden interno y, por otro, obtenga un apoyo de masas efectivo dentro de los marcos institucionales sin generar crisis sociales. El punto clave dependerá, insisten los idealistas, en la capacidad del liderazgo civil para dar racionalidad y coherencia al Estado, tanto a su componente castrense como civil.

La perspectiva idealista insiste en que la racionalización sociopolítica mencionada pasa por la capacidad de dirección civil para mantener los roles profesionales y de defensa militar, así como el fomento de la integración regional de la industria bélica y de la defensa territorial, naval y aérea, lo cual redundaría en un ahorro o racionalización económica de los gastos en la industria castrense y en la defensa nacionales, reduciéndose por lo tanto la vulnerabilidad militar y económica de Latinoamérica. Para la consecución del reequilibrio de los nexos cívico-militares se enfatiza que resulta fundamental un estudio teórico y empírico del vínculo FA-sociedad y Estado, esto es, se necesita un nuevo marco conceptual para abordar las nuevas realidades internas e internacionales.

Dentro del modelo descrito, los Estados Unidos deberían renunciar al uso de vías militares para enfrentar el narcotráfico y el terrorismo, abandonar las técnicas de baja intensidad y operaciones encubiertas, y en su lugar atacar las causas de tales fenómenos sociales.

Qué más quisiéramos que el mundo fuera así, que en la lucha política reinara el respeto y la tolerancia, el pluralismo y la diversidad y que el conflicto FA-sociedad se resolviera sólo con la elaboración de un nuevo marco conceptual donde se asignaran roles profesionales ámbitos de competencia, premios y castigos, etc.; y donde Norteamérica abandonara conductas reprochables. Pero la realidad es que hasta ahora las FA no han sufrido transformaciones radicales en su ideología (antidemocrática y anticomunista), su alto mando (autoritario y golpista), su armamento (numeroso y sofisticado) y su organización (antisubversiva y de guerra interna). Norteamérica tampoco ha desechado comportamientos ilegales y prepotentes, como lo demuestran la reciente invasión a Panamá, el prolongado y sistemático cerco a Cuba, las presiones violatorias a la soberanía nacional bajo el pretexto del combate al narcotráfico y al terrorismo, entre otros ejemplos.

Desde otro ángulo, la escuela interpretativa realista o pragmática parte del reconocimiento de que las FA están estructuradas y organizadas principalmente para el desempeño de roles de conservación del orden interno; reconoce además que la democracia en América Latina será una democracia limitada e inestable, a decir de Robert Wesson coordinador del libro colectivo *The Latin American Military Institution*; o bien, advierte que en el mejor de los casos el sistema democrático podrá emprender reformas en algunos países, según Juan Rial, coautor del reciente texto colectivo *The Military and Democracy*. Los pronósticos sobre el futuro de la democratización eran y son reservados, de eso no tienen duda los intérpretes realistas.

La crudeza del enfoque reseñado sobre el ejercicio del poder lo refleja con claridad el director de Evaluaciones Regionales del Colegio de Guerra de Los Estados Unidos y ex asesor del comandante del Comando Sur en Panamá, Gabriel Marcella, quien propone que los líderes civiles y militares elaboren una nueva doctrina donde se defina el rol de los militares como guardianes de la renaciente democracia. Tal doctrina, considera Marcella, debe comprender diferentes presupuestos y temas tales como la definición de los requisitos de seguridad de la nueva democracia, la modernización de los puntos de vista recíprocos entre civiles y militares, la legitimación de los estudios militares y de seguridad nacional en centros de investigación y universidades civiles, la expansión de mecanismos de retroalimentación entre las FA y la sociedad civil para reducir su aislamiento recíproco, el reconocimiento de que las FA permanecerán como actores en problemas nacionales, la cooperación entre civiles y militares para elaborar nada menos que una doctrina de contrainsurgencia apropiada para la democracia, etcétera.

Resulta evidente que no hay una sola mención de Marcella a la democracia en sus aspectos sociales y menos al desarrollo económico con intenciones redistributivas

mínimas. La intención es mantener la estabilidad política dentro del mismo desarrollo económico neoliberal, excluyente en lo social e hiperconcentrador del ingreso.

La mayor interpenetración de las altas burocracias civiles y militares busca garantizar, como antes dijimos, márgenes confiables de gobernabilidad política durante los procesos de ajuste económico estructural. Tan es así, que desde hace unos tres o cuatro años, en los cursos militares ofrecidos por el Departamento de Defensa norteamericano, se insiste en que los relacionados con seguridad nacional deben ser cursados por funcionarios civiles latinoamericanos. Esto es muy importante, pues la nueva concepción de seguridad nacional busca evitar equívocos sobre el tema entre los civiles, pero también entre los uniformados, como los llamados brotes fundamentalistas militares del teniente coronel Aldo Rico en Argentina durante el gobierno de Alfonsín o los del teniente coronel Hugo Chávez en Venezuela contra el presidente Carlos Andrés Pérez el año pasado.

Debo señalar que existen otros militares reunidos en torno de la Organización de Militares para la Democracia, la Integración y la Liberación de América Latina y el Caribe, quienes plantean, dicho en una forma muy resumida, la formulación de una doctrina militar de carne y hueso sociales, donde se redefinan las funciones externas e internas de las milicias y de éstas con la nación. Para lo externo proponen una doctrina de defensa regional neutral y cívica, o sea, neutralidad frente al conflicto Este-Oeste y cívica porque involucra la movilización de la masa de ciudadanos para la defensa conjunta FA-fuerzas populares frente a agresiones de corte económico, político o militar. Proponen para lo interno un desarrollo socioeconómico integral, esto es, no conciben que exista seguridad nacional sin desarrollo, pero uno no sólo de tipo material, sino cultural y técnico con contenido popular. Insisten en que no hay seguridad sin desarrollo nacional, es decir, del conjunto de la población. Una seguridad nacional donde los enemigos a derrotar sean la pobreza, la incultura, la insalubridad y no los nacionales que protestan por estas situaciones.

Igualmente, los miembros de dicha Organización plantean que no hay defensa nacional o regional creíble y realista si no conlleva el concurso de la masa popular y no está sustentada en una política de salud, alfabetización, vivienda, etc. En resumen, se pronuncian a favor de una seguridad y defensa nacionales de nuevo cuño, nacional y latinoamericana, democrática y popular.

4. RBM: ¿No te parece que más de una persona podrá decir que son planteamientos románticos o utópicos?

JLP: Pues sí y no. Sí, en cuanto no se ven en el horizonte cambios políticos que apunten hacia tal dirección. No, porque la humanidad se ha movido a lo largo de su historia alrededor de utopías y mitos -aunque no son lo mismo: las primeras son realizables, no así los segundos-. No, porque hay procesos subterráneos que tardan en coagular, y a veces aún así son revertidos por las correlaciones de fuerzas contrarias. Por ejemplo, los intentos de golpe de Estado de Aldo Rico y Hugo Chávez se presentan desde la óptica de los grupos dominantes como simples episodios de fundamentalismo militar. Pero esto es muy simplista y ellos lo saben; de allí que la llamada política moderna se proponga como una especie de vacuna contra movimientos fundamentalistas, étnicos, raciales, religiosos. Mas lo que reflejan realmente los dos golpes abortados son el desdibujamiento paulatino del Estado-nación y la resistencia a la redefinición de las funciones externas e internas de las FA, amén, por supuesto, de amplias contradicciones sociales. Rico y Chávez, nacionalistas de derecha e izquierda, como antes se decía, representaron demandas corporativas de la milicia como el aumento a los bajos salarios y la denuncia de la extendida corrupción de los altos mandos, entre otras, pero también representaron demandas sociales más amplias como la denuncia de la pobreza generalizada, el

desempleo creciente, el remate de las empresas estatales estratégicas, etc., fenómenos todos ellos, argüían, producto de la política económica y social gubernamental y de los condicionamientos del FMI. Consideraban ambos que no había soberanía nacional sin esas empresas estatales, ni tampoco soberanía territorial, decía Chávez, al enajenar el Golfo de Venezuela a los archirricos de Colombia, ni soberanía política, asentó Rico, mientras se permitiese el libre tránsito y la acción de la CIA y la DEA en Argentina.

El diagnóstico sobre sus respectivos países era el mismo, el debilitamiento del Estado-nación y de la soberanía territorial, económica, política y social; en consecuencia, ello significa un cambio de las funciones externas de las FA y de las internas vía un alejamiento mayor de las FA-pueblo, vía la represión creciente para mantener el statu quo. Si bien ambos convergían en el diagnóstico y diferían respecto a las medidas para solucionar la situación, convergían en que la respuesta a los problemas nacionales pasaba por una necesaria unidad latinoamericana. Ambos fueron calificados de fundamentalistas y románticos. Recientemente, a Chrétien, el nuevo primer ministro de Canadá, se le catalogó de hombre que quería marchar al futuro con un programa de gobierno del pasado. En México, a Cárdenas se le atribuyó más o menos lo mismo.

A lo mejor, el próximo año, cuando habrá elecciones presidenciales en más de diez países latinoamericanos, asistamos a la situación paradójica de encontrarnos con presidentes con mentalidad del pasado de cara al fin de siglo. A lo mejor, se desata una ola de nacionalismos defensivos después del período de nacionalismo ofensivo de los países capitalistas desarrollados y de servilismo transnacionalizado de los subdesarrollados. Lo mejor sería la confluencia de las fuerzas nacionalistas democrático-populares de ambos mundos, pero no podemos descartar que se ingrese en un franco período neocolonial, por más que se le quiera llamar moderno o civilizado.

En lo tocante a la sociología militar latinoamericana, no creo que podamos avanzar mucho si construimos modelos de fuerte sabor weberiano, donde todo radique en la capacidad de liderazgo civil para controlar a las milicias y concertar con una abstracta sociedad civil. O si se regresa al paradigma de Huntington de las relaciones cívico-militares, donde los controles objetivos y subjetivos de los civiles sobre los uniformados son la clave para entender la lucha política, otorgándole una automática y abstracta legitimidad y racionalidad al sistema político vía una democracia electoral, o bien de ilegitimidad, dada la poca capacidad de absorción de las demandas sociopolíticas por las instituciones civiles y, por tanto, de baja institucionalización de éstas; entonces se puede "comprender" el por qué del golpismo. Weber refrito de nuevo.

Creemos que es más pertinente recuperar aquella propuesta metodológica general de partir del análisis concreto de la realidad concreta, que iniciar y en cierta forma terminar el análisis con modelos predeterminados. Después de todo, partir de lo concreto es lo que hacen los investigadores realistas y no por afanes de justicia social y democracia popular.

Pero, en fin, lo de los tipos de nacionalismo para el porvenir son meras especulaciones y reflexiones generales, de momento; lo de los parámetros de análisis no, pues es muy difícil avanzar en la construcción de una sociología seria cuando no sirve para comprender la realidad social, sino que sirve más para desdibujarla, ocultarla o idealizarla.

5. RBM: ¿Qué autores clásicos, llamémoslos así, y contemporáneos sobre la sociología militar podrías sugerir para algún lector que quisiera adentrarse en la temática?

JLP: Sobre los primeros, los clásicos, sugiero *The military and society in Latin America*, de John Johnson, y *Arms and Politics in Latin America*, de Edwin Lieuwen, representantes de las escuelas idealistas y realistas de los años sesenta y setenta. Otro clásico es Samuel

Huntington con su texto *The soldier and the State*. Para un balance sobre la sociología militar recomiendo los ensayos de Lyle McAlister, *Recent Research and writings on the role of the military in Latin America*; Virgilio Beltrán, *El estado de los estudios de sociología militar en América Latina*, y Maria Carrilho, *Principais tendencias na sociologia militar. Literatura e seleccao bibliografica*. Para reflexiones teóricas se pueden consultar los artículos de Oscar Cuéllar, "Notas sobre la participación política de los militares en América Latina" y "Militares y lucha de clases: acerca de los mecanismos ideológicos del corporativismo", y de Manfred Kossok "The Armed Forces in Latin America: Potencial for Changes in Politicial and Social Functions" y "To whom does the army serve?". Ambos ensayistas realizan críticas directas e indirectas a algunos planteamientos de las escuelas mencionadas. Para las décadas de los ochenta y los noventa recomiendo los textos de Pablo González Casanova, *Los militares y la política en América Latina*; Dirk Kruijt y Edelberto Torres Rivas, *América Latina: militares y sociedad* (ts. I y II); Casa de Chile en México-Universidad de Guadalajara, *El pensamiento militar en América Latina*; Robert Wesson, *The Latin American military institution*; Juan Rial y Louis W. Goodman, *The military and democracy*; y Abraham Lowenthal y Samuel Fitch, *Armies and politics in Latin America*.

CITAS:

[*] Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, autor del libro *Ejército y sociedad en México: pasado y presente* (UAP-UAM, México, 1986), así como de ensayos sobre la temática, entre otros: "Las relaciones militares México-Estados Unidos" (en *Nexos*, núm. 87, 1985); "La profesionalización militar" (en *Terminología científico-social Anthropos*, Madrid, 1988); "The modernization of the mexican armed forces" (en *Democracy under siege*, Greenwood Press, Nueva York, 1989); "La seguridad nacional en América Latina: propuestas metodológicas" (en *América Latina, continente del mañana*, Universidad de Costa Rica, San José, 1990); y "La Sicurezza Nazionale nella America Latina" (en *La Societa Contemporanea*, vol. II, Edizioni Lavoro/Iscos, Roma, 1993).

[**] Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, y profesor de la licenciatura en Relaciones Internacionales de la UIA.